

desempeñaba me ponía en relación con muchos desgraciados. Hacía doce años que conocía la miseria pública mejor de lo que podía conocerla nadie. Una ó dos veces socorrí á algunos desgraciados. Al ver que de los diez á quienes había socorrido había una ó dos familias que habían salido de sus apuros, sentí un vivo placer. Se me ocurrió la idea de que las obras de beneficencia y de caridad no deben consistir en dar dinero sin ton ni son á los que sufren. Hacer obras de caridad, en la forma vulgar y ordinaria en que suelen hacerse, me pareció que equivalía á favorecer el crimen. Me puse á estudiar esta cuestión. Tenía entonces cincuenta años y mi vida estaba acabada. ¿Para qué sirvo yo? me pregunté. ¿A quién he de dejar mi fortuna? Cuando yo haya amueblado ricamente mi habitación, cuando tenga una buena cocinera, cuando mi existencia esté asegurada, ¿en qué voy á emplear el tiempo? Once años de revolución y quince de miseria habían devorado el tiempo más precioso de mi vida, lo habían gastado en un trabajo estéril, ó mejor dicho, lo había empleado únicamente en la conservación de mi individuo. A esa edad nadie puede salir de ese destino obscuro y comprimido por la necesidad, ni lanzarse en busca de un porvenir brillante; pero se puede ser siempre útil. Comprendí, en fin, que una vigilancia pródiga en consejos centuplicaba el valor del dinero dado, pues los desgraciados tienen sobre todo necesidad de guía, haciéndoles aprovecharse del trabajo que ellos tienen que hacer para otros, substituyen al especulador y obtienen la parte que habían de darle. Habiendo obtenido magníficos resultados en varias ocasiones, me sentí orgulloso de mí mismo. Vi á la vez en aquello una obra buena y una ocupación, aparte de los infinitos goces que proporciona el placer de desempeñar en pequeño el papel de Providencia.

—Y ¿lo desempeña usted ahora en grande? preguntó vivamente Godofredo.

—¡Oh! ¿quiere usted saberlo todo? Nones, dijo el anciano haciendo una pausa. ¿Querria usted creerlo?.. La escasez de medios que mi pequeña fortuna ponía á mi disposición, me hacía recordar á veces á Mongenod. Sin Mongenod hubiera podido hacer mucho más, me decía. Si un pillo no me hubiese quitado mil quinientos francos de renta, pensé muchas veces, podría salvar á esta familia. Excusando así mi impotencia con una acusación, aquellos á quienes yo ofrecía únicamente palabras de consuelo, maldecían conmigo á Mongenod. Aquellas maldiciones me aliviaban. Una mañana, en enero de 1816, mi criada me anunció... A ¿quién dice usted?... A Mongenod, al señor Mongenod... y veo entrar á su hermosa mujer, que entonces tenía treinta y seis años, acompañada de tres hijos; después Mongenod, más joven que cuando había partido, pues la riqueza y la felicidad extienden una aureola en torno de sus favorecidos. Había marchado delgado, pálido, amarillo y seco, y volvía gordo y colorado como un prevendado y muy bien vestido. Se arrojó en mis brazos, y al ver que le recibía fríamente, me dijo por primeras palabras: Y ¿he podido acaso venir antes? Los mares sólo están libres desde 1815, y aun necesité dieciocho meses para realizar mi fortuna y arreglar mis negocios. ¡Amigo mío, al fin he vencido! Cuando recibí tu carta, en 1806, tomé inmediatamente un buque holandés para venir á traerte en persona una pequeña fortuna; pero la unión de Holanda al Imperio francés contribuyó á que me cogiesen los ingleses y á que fuese conducido á Jamaica, de donde me escapé por casualidad. De vuelta á New-York, me encontré víctima de las quiebras, pues en mi ausencia, Carlota no había sabido librarse de los tramposos. Venía, pues, obligado á comenzar de nuevo el edificio de mi fortuna. En fin, heos aquí de vuelta. Por la manera como te miran los niños, puedes adivinar que les hemos hablado con frecuencia del bienhechor de la familia.—¡Oh! sí, caba-

llero, dijo la hermosa señora Mongenod, no ha pasado un solo día que no nos hayamos acordado de usted. En todos los asuntos se hizo la parte que le correspondía á usted. Todos hemos aspirado á la dicha que tenemos en este momento de poder ofrecer á usted su fortuna, sin creer que este *diezmo del Señor* pueda nunca bastar para extinguir la deuda del agradecimiento. Al mismo tiempo que pronunciaba estas palabras, la señora Mongenod me entregó esa magnífica cajita que ve usted ahí, la cual contenía ciento cincuenta billetes de mil francos. —Has sufrido mucho, mi pobre Alain, ya lo sé; pero nosotros adivinábamos tus sufrimientos é hicimos cuanto pudimos para ver de hacer llegar dinero á tus manos, sin que pudiésemos lograrlo, repuso Mongenod. Ya me has dicho que no has podido casarte; pero aquí tienes á nuestra hija mayor, que está educada con la idea de llegar á ser tu mujer, y que tiene quinientos mil francos de dote... —¡Dios me libre de hacerla desgraciada!... exclamé vivamente contemplando á aquella joven, que era tan hermosa como su madre cuando tenía su misma edad, y atrayéndola hacia mí para besarla en la frente. No tema usted, hija mía, le dije. ¡Un hombre de cincuenta años con una muchacha de diecisiete! ¡y un hombre tan feo como yo! ¡nunca! exclamé. — Señor, me dijo la joven, el bienhechor de mi padre no será nunca feo para mí. Estas palabras, dichas espontánea y candorosamente, me hicieron comprender que el relato de Mongenod era verdadero en todas sus partes, y, tendiéndole la mano, nos abrazamos de nuevo. —Amigo mío, yo también tengo que pedirte mil perdones, porque muchas veces te he censurado y maldecido... —Estabas en tu derecho, Alain, porque sufrías por causa mía, me respondió ruborizándose. Yo saqué de una carpeta el documento que poseía de Mongenod, se lo entregué y anulé la letra de cambio. Espero que almorzarán ustedes conmigo, dije á toda aquella familia. Sí, pero con la condición de que ven-

drá usted á hacer lo propio con nosotros tan pronto como estemos instalados, me dijo Mongenod. Llegamos ayer, y pienso comprar un palacio para abrir aquí una casa de banca para negociar con la América del Norte, asegurando así el porvenir de este mozuelo, dijo señalando á su hijo mayor, que tenía quince años. Pasamos juntos el resto del día y fuimos por la noche al teatro, pues Mongenod y su familia estaban sedientos de espectáculos. Al día siguiente invertí la suma que me había dado mi amigo en papel del Estado, reuniendo así una renta de quince mil francos. Esta fortuna me permitió dejar de llevar los libros por la noche y presentar la dimisión de mi empleo, con gran contento de los supernumerarios. Después de haber fundado la casa de banca Mongenod y Compañía, que obtuvo enormes ganancias en los primeros préstamos que hizo á la Restauración, mi amigo murió en 1827, á los sesenta y tres años. Su hija, que recibió más tarde un millón de dote, se casó con el vizconde de Fontaine. El hijo que usted conoce no está casado aún, y vive con su madre y con su hermano menor. En su casa obtenemos todas las sumas que podamos necesitar. Federico, pues su padre le había puesto mi nombre en América, Federico Mongenod es, á los treinta y siete años, uno de los banqueros más hábiles y más probos de París. No hace mucho tiempo que la señora Mongenod acabó por confesarme que había vendido sus cabellos por dos escudos para poder comprar pan. Da todos los años veinticuatro carretadas de leña, que yo distribuyo entre los desgraciados, por la media carretada que yo le envié en otro tiempo.

—Eso me explica sus relaciones con la casa Mongenod, dijo Godofredo, y su fortuna...

El buen hombre miró á Godofredo sonriéndose, siempre con la misma expresión de dulce malicia.

—Continúe usted, repuso Godofredo viendo, por la actitud del anciano, que aun no se lo había dicho todo.

—Este desenlace, mi querido Godofredo, me causó una profunda emoción. Si el hombre que tanto había sufrido, si mi amigo perdonó mi injusticia, yo no me la perdoné nunca.

—¡Oh! exclamó Godofredo.

—Resolví consagrar la parte supérflua de mis rentas, unos diez mil francos anuales, á actos razonados de caridad, repuso tranquilamente el señor Alain. Por aquel tiempo encontré á un juez del tribunal de primera instancia del Sena, llamado Popinot, á quien tuvimos la desgracia de perder hace tres años, el cual durante quince años ejerció la más activa caridad en el barrio Saint-Marcel. Junto con el venerable vicario de Notre-Dame y con la señora, proyectaron fundar la obra á que nosotros cooperamos, y que, desde 1825, ha producido secretamente muchos bienes. Esta obra encontró en la señora de la Chanterie un alma, pues á decir verdad, ella es el alma de esta empresa. El vicario supo hacernos más religiosos de lo que éramos en un principio, demostrándonos la necesidad de ser virtuosos nosotros mismos para poder inspirar virtud y para poder predicar con el ejemplo. Cuanto más hemos caminado por esta vía, más felices nos hemos considerado. El arrepentimiento que tuve por haber desconocido el corazón de mi amigo de la infancia, fué lo que me dió la idea de consagrar á los pobres, por mí mismo, la fortuna que me entregaba, y que yo acepté sin oposición, á pesar de la enorme suma que me devolvía á cambio de la que le había prestado, porque el destino que iba á darle lo conciliaba todo.

Este relato, hecho sin énfasis y con conmovedora ingenuidad en el acento, en el gesto y en la mirada, hubiese inspirado á Godofredo el deseo de entrar á formar parte de aquella noble y santa asociación, si su resolución de hacerlo no hubiese estado ya tomada.

—Conoce usted poco el mundo cuando siente usted tales escrúpulos por una cosa que seguramente no mortificaría á ninguna conciencia.

—No conozco más que á los desgraciados, respondió el buen hombre. No deseo gran cosa conocer un mundo donde se teme tan poco el juzgarse mal unos á otros. Son ya cerca de las doce y tengo que meditar aún mi capítulo de la *Imitación de Jesucristo*. Buenas noches.

Godofredo tomó la mano de aquel santo varón y se la estrechó con admiración.

—¿Puede usted contarme la historia de la señora de la Chanterie? le preguntó Godofredo.

—Es imposible sin su consentimiento, respondió el señor Alain, pues está relacionada con uno de los acontecimientos más terribles de la política imperial. Yo conocí á la señora por Bordín, que está en todos los secretos de su noble vida, y él fué, por decirlo así, el que me trajo á esta casa.

—De todos modos, repuso Godofredo, doy á usted las gracias por haberme contado su vida, que encierra grandes lecciones para mí.

—¿Sabe usted cuál es su moral?

—Dígame la usted, replicó Godofredo, porque acaso vea yo en ella cosa distinta de lo que usted ve.

—Pues bien, la moral que encierra es que el placer es un accidente y no el fin de la vida del cristiano, y que esto lo llegamos á comprender demasiado tarde, dijo el señor Alain.

—Y ¿qué sucede cuando uno llega á cristianizarse? preguntó Godofredo.

—Mire usted, dijo el buen hombre.

E indicó con el dedo á Godofredo una inscripción en letras de oro y en fondo negro, que el nuevo huésped no había podido ver, pues entraba por primera vez en el cuarto del anciano. Godofredo se volvió y leyó: TRANSIRE BENEFACIENDO.

—He aquí, hijo mío, la marcha que se da entonces á la vida. Esa es nuestra divisa. Si usted pasa á ser uno de los nuestros, ese será su único privilegio. Leemos ese consejo, que nos damos á nosotros mis-

mos, á todas horas, al levantarnos, al acostarnos, al vestirnos... ¡Ah! ¡si supiera usted los inmensos placeres que proporciona el cumplimiento de esa divisa!

—¿De qué clase?... preguntó Godofredo esperando nuevas revelaciones.

—En primer lugar, somos tan ricos como el barón de Nucingen... Pero la *Imitación de Jesucristo* nos prohíbe tener nada nuestro; no somos más que distribuidores, y siuviésemos un solo sentimiento de orgullo, ya no seríamos dignos de serlo. Eso ya no sería *transire beneficiando*, sino que sería gozar con el pensamiento. El que fuese capaz de decirse, hinchando un poco las narices: «¡Yo desempeño el papel de Providencia!», como acaso hubiera usted podido pensar si hubiese usted estado en mi puesto esta mañana dando la vida á una familia, se convertiría en un Sardanápalo, en un malvado. Ninguno de esos señores piensa en sí cuando hace el bien; es preciso despojarse de toda vanidad, de todo orgullo, de todo amor propio, y eso, créalo usted, es bastante difícil.

Godofredo dió las buenas noches al señor Alain, y volvió á su habitación vivamente conmovido con aquel relato; pero su curiosidad quedó, más que satisfecha, irritada, pues la gran figura del cuadro que ofrecía aquella casa era la señora de la Chanterie. La vida de esta mujer tenía para él tanto precio, que su conocimiento era el único objeto de su permanencia en la posada de la Chanterie. Entreveía ya en la asociación de aquellas cinco personas una vasta empresa de caridad; pero pensaba en su heroína mucho más que en esta empresa.

El neófito pasó algunos días observando, mejor de lo que lo había hecho hasta entonces, á la gente escogida con quien vivía, y pasó á ser sujeto de un fenómeno moral que los filántropos modernos han desdeñado, sin duda por ignorancia. La esfera en que vivía ejercía una influencia positiva sobre Godofredo. La ley que rige á la naturaleza física relativa á la in-

fluencia de los medios atmosféricos en las condiciones de existencia de los seres que se desarrollan en dichos medios, rige igualmente en la naturaleza moral; de donde se deduce que la reunión de los condenados es uno de los mayores crímenes sociales, y que su aislamiento es una experiencia de éxito dudoso. Los condenados deben ser entregados á instituciones religiosas y rodeados de prodigios de bondad, en lugar de permanecer en medio de los milagros del mal. Para ello se puede esperar una completa adhesión por parte de la Iglesia; si envía misioneros al corazón de las naciones salvajes ó bárbaras, ¿con qué alegría no confiaría á sus órdenes religiosas la misión de recibir á los salvajes de la civilización para catequizarlos? Todo criminal es ateo, á veces sin saberlo él mismo. Godofredo encontró aquellas cinco personas dotadas de las cualidades que le exigían á él; todos eran modestos, sin vanidad, verdaderamente humildes y piadosos, y sin ninguna de esas pretensiones que constituyen la *devoción*, tomando este palabra en su acepción mala. Aquellas virtudes eran contagiosas, le entraron deseos de imitar á aquellos héroes desconocidos, y acabó por estudiar apasionadamente aquel libro que había empezado por despreciar. En quince días redujo la vida á la mayor sencillez, á lo que es realmente cuando se la considera desde el punto de vista llevado adonde nos lleva el espíritu religioso. En fin, su curiosidad, tan mundana al principio y excitada por tan vulgares motivos, se purificó, y si no renunció á ella, porque era difícil que dejase de tener interés por nada que concerniese á la señora de la Chanterie, mostró sin quererlo una discreción que no pasó desapercibida para aquellos hombres en quienes el espíritu divino había desarrollado una inaudita profundidad en las facultades, como les ocurre casi siempre á todos los religiosos. La concentración de las fuerzas morales, sea cualquiera el medio porque se lleve á cabo, centuplica su potencia.

—Vuestro amigo no está aún convertido, decía el buen abate Veze, pero desea estarlo.

Una circunstancia imprevista anticipó la revelación á Godofredo de la historia de la señora de la Chanterie; de modo que el interés capital que le ofrecía no tardó en quedar satisfecho.

París se ocupaba entonces del desenlace, en la barrera de Saint-Jacques, de uno de los más horribles procesos criminales que llegó á verse nunca en nuestros tribunales. Este proceso resultaba interesante por la índole misma de los criminales, cuya audacia, educación superior á la de los acusados ordinarios y cínicas respuestas, asombraron á la sociedad. Cosa digna de atención: en la posada de la Chanterie no entraba ningún periódico, y Godofredo supo por su maestro de teneduría de libros que se había negado el recurso de casación á los condenados, cuyo proceso había tenido lugar antes de su entrada en casa de la señora de la Chanterie.

—¿Han visto ustedes alguna vez personas tan atroces como esos bandidos? dijo Godofredo á sus futuros amigos; y cuando las encuentran ustedes, ¿qué hacen con ellas?

—En primer lugar, dijo don Nicolás, no hay tales bandidos, y si únicamente naturalezas enfermas que debían ser mandadas á un manicomio; pero, aun fuera de esas raras naturalezas enfermas, nosotros no vemos nunca más que gentes que razonan mal, y la misión del hombre caritativo es educar á las almas y conducir por el camino del bien á los desgraciados.

—Nada hay imposible para el apóstol, porque tiene á Dios de su parte, dijo el abate Veze.

—Si les enviasen á ustedes á esos dos condenados, ¿creen que sacarían algo de ellos?

—No habría ya tiempo bastante, advirtió el cuitado Alain.

—Por lo general, dijo don Nicolás, se entregan á la religión almas que están en la impenitencia final, y

no se les da tiempo suficiente para hacer prodigios. La gente á que usted se refiere, en nuestras manos hubieran llegado á ser hombres distinguidos, pues poseen una inmensa energía; pero una vez que han cometido un asesinato, ya no es posible ocuparse de ellos, porque la justicia humana se los apropia.

—¿De modo que es usted contrario á la pena de muerte? dijo Godofredo.

Don Nicolás se levantó apresuradamente y salió.

—No hable usted nunca de la pena de muerte delante de don Nicolás; en una ejecución que le tocó escoltar, reconoció en uno de los criminales á su hijo natural...

—¡Y era inocente! repuso don José.

En este momento, la señora de la Chanterie, que se había ausentado por algunos instantes, volvió al salón.

—En fin, confiese usted, dijo Godofredo dirigiéndose á don José, que la sociedad no puede subsistir sin la pena de muerte, y que los que van á ser mañana guillotinos...

Godofredo sintió que una mano vigorosa le cerraba la boca con fuerza, y el abate Veze se llevó á la señora de la Chanterie pálida y casi moribunda.

—¿Qué ha hecho usted...? dijo don José á Godofredo. Acompáñele usted, Alain, dijo retirando la mano con que había amordazado al joven.

Y siguió al abate Veze á la habitación de la señora.

—Venga usted, dijo el señor Alain á Godofredo. Nos ha obligado usted á confiarle los secretos de la vida de la señora.

Algunos instantes después los dos amigos se encontraron en el cuarto del honrado Alain, como habían estado cuando el anciano había contado su historia al joven.

—Pero ¿qué es ello? dijo Godofredo, cuyo rostro anunciaba su desesperación por haber sido la causa

de lo que, en aquella santa casa, podía llamarse una catástrofe.

—Espero á que Manón venga á tranquilizarnos, respondió Alain prestando oído al ruido que hacían en la escalera los pasos de la criada.

—Señor, la señora va bien; el señor cura ha sabido engañarla, diciéndole que no había entendido lo que se decía, dijo Manón dirigiendo á Godofredo una mirada casi de odio.

—¡Dios mío! exclamó el pobre joven rompiendo en sollozos.

—Vamos, cálmese y siéntese, le dijo el señor Alain sentándose á su vez.

E hizo una pausa para recoger sus ideas.

—No sé, dijo el buen anciano, si tendré yo el talento necesario para contar dignamente una vida puesta á prueba con tantas crueldades; dispénsame cuando la palabra de un orador tan pobre como yo no esté á la altura de las acciones y de las catástrofes. No olvide usted que salí del colegio hace muchos años y que soy hijo de un siglo en que se ocupaban más del pensamiento que del efecto, de un siglo prosaico en que sólo se sabía llamar á las cosas por su nombre.

Godofredo hizo un movimiento de adhesión que significaba: «Ya escucho», y en el que Alain pudo ver una admiración sincera.

—Amigo mío, acaba usted de verlo, repuso el anciano. Era imposible que permaneciese usted más tiempo entre nosotros sin conocer algunas de las particularidades de la vida de esa santa mujer. Existen ideas, alusiones y palabras fatales que están completamente prohibidas en esta casa, so pena de volver á abrir á la señora heridas cuyos dolores, renovados una ó dos veces, podrían matarla.

—¡Oh! ¡Dios mío! ¿qué he hecho yo, pues? exclamó Godofredo.

—Sin don José, que le cortó á usted la palabra presintiendo que iba usted á ocuparse del fatal ins-

trumento de muerte, hubiese usted matado á esa pobre señora... Ya es tiempo de que lo sepa usted todo, pues nos pertenece usted, y hoy tenemos ya todos la seguridad de su convicción.

—La señora de la Chanterie, empezó diciendo después de una pausa, pertenece á una de las mejores familias de la Normandía baja. Se llama señorita Bárbara Filiberta de Champignelles, y procede de la rama menor de esta casa. Así es que estuvo destinada á tomar el velo, si su casamiento no hubiese podido hacerse con la acostumbrada renuncia á la legítima que solía usarse en las familias pobres. Un tal Chanterie, cuya familia había caído en profunda obscuridad, á pesar de que proviene de la cruzada de Felipe Augusto, quiso recuperar el rango que por su antigüedad le correspondía en la provincia de Normandía. Este hidalgo estaba tanto más desacreditado ante la nobleza, por cuanto que había reunido unos trescientos mil escudos comerciando con las provisiones de los ejércitos del rey, cuando la guerra de Hanovre. Demasiado confiado con tales riquezas, aumentadas aún con los rumores de provincia, el hijo hacía en París una vida bastante inquietante para un padre de familia. El mérito de la señorita de Champignelles gozaba de gran celebridad en el Bessin. El anciano, cuyo feudo de la Chanterie se encuentra entre Caen y Saint-Lô, oyó deplorar en su presencia el que una señorita tan perfecta y tan capaz de hacer á un hombre feliz, fuese á acabar sus días en un convento; y ante su declaración de pretender la mano de la señorita Filiberta para su hijo, le dieron la esperanza de conseguir el permiso de los Champignelles, con tal que fuese sin dote. Llevado de su deseo se trasladó á Bayeux, se procuró algunas entrevistas con la señorita de Champignelles y quedó seducido de las grandes cualidades de la joven. A los dieciséis años, la señorita de Champignelles anunciaba ya todo lo que tenía que ser. Se adivinaba en ella una piedad sólida,

un buen sentido inalterable, una rectitud inflexible, y una de esas almas que no pueden vivir nunca sin afectos, aunque éstos fuesen ordenados. El anciano noble, enriquecido con sus exacciones en los ejércitos, vió en aquella encantadora muchacha á la mujer que podía convenir á su hijo, por la autoridad de la virtud de la joven y por el ascendiente de su carácter firme, pero sin orgullo, pues ya ha visto usted que nadie es más amable ni más confiada que la señora de la Chanterie, y hasta al declinar de su vida se ve el candor de su inocencia. En sus primeros años no quería creer en el mal, y la poca desconfianza que usted pueda ver en ella depende únicamente de sus desgracias. El anciano se comprometió en una conferencia con los Champignelles á dar por recibida en el contrato la legítima de la señorita Filiberta; pero, en revancha, los Champignelles, que estaban aliados con grandes casas, prometieron elevar á baronía el feudo de la Chanterie, y cumplieron su palabra. La tía del futuro esposo, señora de Boisfrelon, mujer del consejero del parlamento que murió en la habitación que usted ocupa, prometió dejar su fortuna al futuro sobrino. Hechos ya estos arreglos entre las dos familias, el padre mandó á llamar al hijo. Magistrado ponente del gran Consejo, y de veinticuatro años de edad en el momento de su matrimonio, el joven había hecho numerosas locuras con los jóvenes de su época, haciendo su misma vida; así es que el anciano proveedor de los ejércitos había pagado en diversas ocasiones deudas considerables de su hijo. Este pobre, preveyendo las nuevas calaveradas de su hijo, estaba decidido á reconocer á su futura nuera una cierta fortuna; pero, llevado también de su desconfianza, legó el feudo de la Chanterie á los hijos varones que naciesen del matrimonio... La Revolución, añadió el cuitado Alain en forma de paréntesis, hizo inútiles estas precauciones. Dotado de una belleza de ángel y de una maña maravillosa en todos los ejercicios del

cuerpo, el joven magistrado ponente poseía el don de seducción. Como comprenderá usted fácilmente, la señorita de Champignelles se enamoró perdidamente de su marido. El anciano, feliz al ver los principios de este matrimonio y creyendo enmendado á su hijo, instó á los recién casados á que se trasladasen á París. Esto ocurría á principios del año 1788. Transcurrió este año de una manera feliz. La señora de la Chanterie fué objeto de los cuidados y de las atenciones más delicadas que un hombre enamorado puede prodigar á la mujer que ama. Por corta que fuese, la luna de miel brilló en el corazón de esta mujer tan noble y tan desgraciada. Ya sabe usted que en aquella época las madres criaban á sus hijos, y la señora tuvo una hija. Este período, durante el cual la mujer debe ser objeto de la mayor ternura, fué, al contrario, el principio de inauditas desgracias. El magistrado ponente se vió obligado á vender todos los muebles de que podía disponer para pagar las deudas antiguas que no había confesado, y las nuevas deudas adquiridas en el juego. Poco después, la Asamblea nacional disolvió el gran Consejo, el Parlamento y todos los cargos de justicia que tan caros costaban. El joven matrimonio, aumentado ya con una hija, quedó, pues, sin más rentas que las de los bienes que el padre había legado á los hijos varones que hubiesen de nacer, y las de la dote que se había reconocido á la señora de la Chanterie. A los veinte meses de casada, aquella encantadora mujer, de diecisiete años y medio de edad, se vió obligada á vivir, ella y su hija, á quien amamantaba, del trabajo de sus manos, en un barrio obscuro adonde se retiró. Vióse completamente abandonada de su marido, que gradualmente fué descendiendo hasta llegar á frecuentar la sociedad de las gentes de peor calaña. La señora nunca hizo un reproche á su marido, ni tuvo á su vez que reprocharse nada. Ella misma nos ha dicho que durante aquellos terribles días rogaba á Dios por

su querido Enrique. Este mal sujeto se llamaba Enrique, dijo Alain, y este nombre, lo mismo que el de Enriqueta, no debe pronunciarse nunca donde ella esté. Prosigo. Sin salir nunca de su habitación de la calle de la Corderie du Temple, más que para ir á buscar su subsistencia y su trabajo, la señora de la Chanterie cubría todas las necesidades de la casa, gracias á los cien francos que su suegro, conmovido por tanta virtud, hacía llegar á sus manos. No obstante, previendo que aquel recurso podía faltarle, la pobre mujer tomó la profesión de corsetera y trabajaba para un taller. En efecto; el anciano tratante murió, y su herencia fué devorada por su hijo gracias á la anulación de las leyes de la monarquía. El antiguo magistrado, habiendo pasado á ser uno de los más feroces presidentes del tribunal revolucionario, fué el terror de Normandía, y pudo de este modo satisfacer todas sus pasiones. Encarcelado á su vez cuando la caída de Robespierre, el odio de la comarca hacía presentir su próxima muerte. La señora de la Chanterie supo, por una carta de despedida, la suerte que esperaba á su marido. Inmediatamente después de haber confiado su hija á una vecina, se fué al pueblo en que el miserable estaba detenido, provista de los pocos luises que constituían su fortuna; estos luises le sirvieron para entrar en la cárcel, de donde logró sacar á su marido, vistiéndole con sus propias ropas, de un modo muy semejante al que empleó más tarde la señora de La Valette. La buena esposa fué condenada á muerte; pero sintieron vergüenza de llevar á cabo semejante venganza, y el tribunal que había presidido en otro tiempo su marido le procuró por bajo mano los medios de escaparse, y la infeliz mujer volvió á París á pie, sin recursos, durmiendo en las posadas y comiendo á veces de caridad.

—¡Dios mío! exclamó Godofredo.

—¡Espere usted!... repuso Alain, esto no es nada. En ocho años, la pobre mujer no vió á su marido más

que tres veces. La primera vez permaneció dos días en el modesto albergue de su mujer, y le quitó todo el dinero, colmándola de caricias, dándole pruebas de ternura y haciéndola creer en una conversión completa.—“Yo carecía, dice ella, de fuerzas para combatir á un hombre por quien rogaba todos los días, y que llenaba exclusivamente mi pensamiento». La segunda vez, el señor de la Chanterie llegó moribundo, ¡y de qué enfermedad!... Pero ella lo cuidó, lo salvó, y procuró encaminarlo por la buena senda. Después de haber prometido todo lo que aquel ángel le pedía, el revolucionario se entregó á espantosos desórdenes, y sólo logró escapar á la acción de la justicia yendo á refugiarse en casa de su mujer, donde murió en seguridad.

—¡Oh! ¡esto no es nada! exclamó el honrado Alain viendo pintado el asombro en el rostro de Godofredo. Entre la gente que frecuentaba, nadie sabía que aquel hombre fuese casado, y dos años después de la muerte del miserable, la señora de la Chanterie supo que existía una segunda señora de la Chanterie, viuda como ella y como ella arruinada. Aquel bigamo había sabido encontrar dos ángeles incapaces de serle infieles. Hacia el año 1803, repuso Alain después de una pausa, el señor Boisfrelon, tío de la señora de la Chanterie, fué indultado, ó lo que es lo mismo, borrado de la lista de los emigrados, volvió á París y le entregó una suma de doscientos mil francos, que el antiguo tratante le había confiado con objeto de que los entregase á los hijos de su sobrina. Instada la viuda á volver á Normandía, donde completó la educación de su hija, compró, en excelentes condiciones, una tierra patrimonial, aconsejada siempre por Boisfrelon.

—¡Ah! exclamó Godofredo.

—Eso no es nada aun, dijo Alain, pues no hemos llegado á la época de las tormentas. Prosigo. En 1807, después de cuatro años de descanso, la señora de la